

¿Hacia una nueva sensibilidad?

A. Llano

Juventud y futuro

El futuro es la dimensión temporal característica de la juventud. Pero, ¿de qué tiempo se trata aquí? No, evidentemente, del tiempo físico que miden los relojes y deja su huella en las rocas de las montañas, en los cauces de los ríos y en los cuerpos de las personas. Se trata aquí del tiempo humano, ése que se mide por recuerdos, esperas y esperanzas.

Si se puede decir —y se suele decir en discursos de circunstancias— que *el futuro es de la juventud*, es porque a los hombres les cabe una posesión anticipadora del tiempo futuro en la forma del *proyecto*.

Pero advirtamos que, a su vez, la capacidad de proyectar supone la libertad. Los proyectos humanos están hechos de razón y de voluntad de cálculos y de decisiones. De aquí que también pueda afirmarse rigurosamente que *el futuro es de la libertad* y que la libertad se desarrolla en la línea de la futurición. Ser libres es *poder serlo*, ser capaz de abrir perspectivas vitales inéditas, inaugurar nuevas formas de ser y actuar. Por tanto, también existe una especial relación entre juventud y libertad.

Por estas conexiones antropológicas básicas y constantes se vivencian en cada período histórico de una manera diferente. Lo propio de la *modernidad* es justamente el establecimiento de una estrecha y peculiar imbricación entre futuro y libertad; o, mejor, la aguda toma de conciencia de que el futuro puede y debe configurarlo el hombre de un modo cada vez más humano y perfecto. Es la idea de *progreso*.

El hombre ilustrado se piensa a sí mismo como una persona que acaba de emanciparse, que —al liberarse de los prejuicios y tabúes de la tradición— se ha sacudido el yugo de una tutela autoimpuesta, y se halla en franquía para avanzar hacia una autorrealización cada vez más plena. La modernidad presenta, por consiguiente, los rasgos característicos de una *edad juvenil*, que —además— cree haber descubierto el secreto de la juventud perpetua.

Pero no fue así. La ingenua convicción de haber encontrado en la idea de progreso indefinido la fuente de la eterna juventud, se mostró —al cabo— como una vana esperanza.

También la juvenil modernidad maduró, se hizo más cauta y escéptica, atemperó sus entusiasmos progresistas, hasta enve-

jecer del todo y abandonar proyectos y esperanzas, o —al menos— desconfiar seriamente de que tales proyectos pudieran conducir a un futuro *mejor*.

La postmodernidad

Lo que llamamos *modernidad* parece haber agotado su curso histórico. Nos hallamos ahora en plena *postmodernidad*: en un período que se define perfectamente en relación con el pasado. Estamos en una etapa *post*. Lo cual se manifiesta en múltiples rasgos culturales y sociológicos de la humanidad actual, en cuya descripción no voy a entrar. Aludiré sólo a los psicológicos: en el período *post* impera un generalizado *pathos* de cansancio, de temor hacia el futuro, de búsqueda de la seguridad a costa de la libertad, y de una notoria carencia de proyectos creativos.

Por todo lo dicho hasta ahora, parece evidente que el sentimiento de lo *post* deberá incidir de una forma especialmente aguda en la juventud, hasta el punto de problematizarla en sí misma, como tal juventud. Voy a intentar analizar la nueva mentalidad que esta situación conlleva, con sus riesgos característicos y sus posibilidades propias. Y me voy a fijar sobre todo en estas últimas, porque bien pudiera suceder que esta etapa terminal sea en realidad, y sobre todo, el inicio de un nuevo período histórico preñado de posibilidades.

La nueva mentalidad surge a partir de la conciencia del fracaso de la razón racionalista, de esa razón prepotente y constructiva, que pretendió disolver los enigmas y fabricar un mundo mecanizado y sin misterio. Esta razón mecánica se ha dado de bruces contra sus propios límites, ésos que pretendía desconocer. Sus productos se han vuelto contra ella y su progresismo ilustrado ha conducido a formas inéditas de barbarie. Baste con pensar que lo que hoy entendemos por *violencia* es un fenómeno histórico esencialmente nuevo, que tiene como presupuesto una razón agresiva que ignora la serena contemplación como cima y fundamento del ejercicio de la inteligencia.

Los hombres se han vuelto contra lo humano. Y ese movimiento tremendo y antinatural es precisamente lo que ahora comienza a denunciarse. La *nueva sensibilidad* —en su mejor sentido— consiste en una atenta consideración del valor de lo humano, de la dignidad de las personas reales y concretas.

* Dpto. de Metafísica. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Navarra. Pamplona.

Pero lo característico de ese nuevo temple es que se trata justamente de una *sensibilidad*, de una capacidad perceptiva y valorativa estrechamente vinculada con sentimientos y sensaciones, con emociones y afectos, con vivencias corporalizadas. La más radical limitación de la nueva sensibilidad es su talante corporalista, que se resiste a ensayar el paso a la trascendencia y suele renunciar de antemano a pensar en el fundamento.

Lo que queda de la razón racionalista es el ejercicio de la combinatoria formal, para la que el mundo es un gigantesco y complejísimo «cubo de Rubik», hecho de módulos homogéneos e intercambiables; y la ciencia misma, un modo de combinar y procesar datos puntuales carentes de significación propia.

Los jóvenes actuales suelen tener una gran capacidad para el pensamiento combinatorio. Pero —a diferencia de sus abuelos aún racionalistas— no esperan en modo alguno que esa razón meramente formal les proporcione las claves para configurar su existencia o les desvele los enigmas del universo.

El enfrentamiento con las cuestiones decisivas se busca en otras dimensiones, más cálidas, de la vida: en experiencias, ensueños o sensaciones. La *cuestión del sentido* no se dilucida ya en el ámbito del pensamiento abstracto, sino en el inmediatez del contacto vital, en los encuentros personales, en las vivencias compartidas, en el movimiento corporal, en la música y en el canto.

Como reacción frente al frío funcionalismo de las organizaciones públicas y anónimas, se registra una añoranza de lo auténtico y entrañable. Todas las encuestas recientes muestran que los jóvenes de los países desarrollados sueñan con el *retorno al hogar*, y que valoran de nuevo los valores familiares, tradicionales y religiosos.

A muchos, por ejemplo, les gustan los cuentos: los cuentos de hadas, que —como ha mostrado lúcidamente Tolkien— no son lectura apropiada para los niños. Las narraciones míticas sensibilizan la historia ética del hombre: narran su origen y su destino, cuentan sus virtudes y sus vicios, dicen muchas cosas esenciales sobre el tiempo que pasa, acerca de la vida y de la muerte. Estas viejas historias nos hablan de algo nuevo, de un hombre olvidado, que se vislumbra cercano y hondamente real. Los jóvenes adivinan lo que Tolkien le dijo a C.S. Lewis en aquella conversación nocturna por las calles de Oxford: que los *mitos son verdad*.

La ausencia de imaginación

Este es uno de los escapes mejores de la imaginación, la gran ausente. *La gran ausente*, porque la imaginación es la facultad que enlaza la inteligencia con la sensibilidad; la facultad que sensibiliza los conceptos y esquematiza y proyecta creativamente las sensaciones. La imaginación está hoy descolocada del dinamismo vital, justamente porque la razón formal no tiene un parangón sensible, no puede vitalizarse ni realizarse.

La imaginación deja sentir su ausencia. Sin ella, no hay ideales, ni proyectos creadores: no hay anticipación libre ni diseño de nuevas perspectivas históricas. Lo más positivo de esta situación es que es insostenible. Tal es —aunque rara vez consciente y casi nunca formulado— el convencimiento básico de la *nueva sensibilidad*.

Al final, intentaré hacer alguna propuesta operativa del desarrollo humanamente positivo de esta *nueva sensibilidad* en la juventud actual. Pero antes no puedo dejar de aludir al aspecto más inquietante del problema. A una mediación sociológica y gnoseológica que influye decisivamente en la mentalidad actual. Me refiero a los *medios audiovisuales*.

La invención de la imprenta ha sido, sin duda, un acontecimiento histórico de primera magnitud, que nos ha situado en una nueva «galaxia» cultural: la galaxia Gutenberg. Pero la difusión de productos impresos fue relativamente lenta y la

conciencia europea la fue asimilando de manera gradual. En cambio, la irrupción masiva de los medios audiovisuales se ha producido durante el curso de una generación y la verdad es que no sabemos qué hacer con ellos.

Desde una perspectiva más general, la juventud actual es la primera generación que vive en un mundo estrictamente tecnológico. Hace treinta años, la gente de mi pueblo vivía en plena «edad media»: trabajaban la tierra con arados romanos, transportaban sus frutos en carros tirados por bueyes y los calentaban al fuego: sus casas no tenían electricidad ni agua corriente, y los pocos que sabían leer casi nunca leían. Hace treinta años el contacto con la realidad —para la mayoría de la población— era inmediato. Hoy, para la mayoría de la población, es un contacto mediado por la tecnología doméstica: por la televisión, en primer término.

Estamos ante una mutación histórica súbita y de consecuencias incalculables. ¿Qué consecuencias psicológicas y gnoseológicas tiene, por ejemplo, el que los niños lleguen a la adolescencia con miles de horas de televisión a la espalda? No lo sé y no creo que nadie lo sepa. Por de pronto, se les ha abierto el universo mundo por medio de unos procedimientos técnicos cuyo funcionamiento desconocen, y de los que no saben hacer un uso adecuado. Es más, no sabemos qué pueda significar un uso humanamente correcto de los medios audiovisuales. Lo único que me parece cierto es que la inundación de imágenes pasivamente recibidas requiere un desarrollo extraordinario de la capacidad activa del hombre, de esas acciones immanentes, propiamente humanas, que son las operaciones intelectuales y volitivas. Si no queremos que el uso de los medios audiovisuales agote nuestra capacidad de proyectar el futuro e impida el conocimiento de lo real, hemos de plantearnos muy seriamente el desarrollo de una epistemología y una ética a la altura de la sociedad electrónica.

Si logramos la inserción de los nuevos medios de comunicación en la dinámica de una conducta libre, se ampliarán nuestras posibilidades de acción. Pero, hasta que no lo consigamos, esos medios son más un obstáculo que un cauce. A la espera de esa *nueva ética*, hemos de recurrir entretanto a la vieja, y especialmente a la virtud que —como dice Schumacher— más necesitamos hoy: la sobriedad. Hasta que no sepamos cómo usar bien de los nuevos medios técnicos, tengamos al menos la fortaleza y la prudencia de usarlos *sobriamente*.

Las ideologías postmodernas

La *nueva sensibilidad* presiente oscuramente estas incertidumbres y busca salidas de urgencia en la moral de las *nuevas ideologías* que —significativamente— son, sobre todo, las ideologías de los movimientos juveniles.

Estas ideologías presentan un aspecto externo muy diferente al de las típicas ideologías *modernas*, forjadas casi todas en el siglo XIX. Las ideologías modernas eran racionalistas y totalizantes. Las ideologías postmodernas son emotivistas y sectoriales. Las ideologías modernas eran progresistas y dogmáticas. Las ideologías postmodernas son conservadoras y más bien escépticas. Las ideologías modernas eran cuantitativistas y activistas. Las ideologías postmodernas son cualitativistas y, a primera vista al menos, parecen pasivistas.

Las ideologías postmodernas configuran en buena parte la *nueva sensibilidad* y su examen revela su interna ambigüedad, que nos impide valorarlas de manera unívoca, desde un punto de vista cristiano o —al menos— humanamente recto.

Por una parte, estas ideologías utilizan un lenguaje que evoca la terminología de la ética tradicional, y sus reivindicaciones parecen tener un cierto sesgo espiritualista. Pero, si se examinan con mayor atención, se nos muestran a veces —no siempre— como materialismos más evolucionados y refinados,

con reivindicaciones de signo hedonista. Por ello algunos sociólogos las han llamado *ideologías postmaterialistas*. La aludida ambigüedad aparece en esta misma designación: el período *postmaterialista* puede apuntar a una fase de materialismo más sofisticado, o bien a una fase de superación del materialismo.

Esta doble cara se manifiesta en las ideologías postmodernas más características: ecologismo, feminismo, pacifismo y nacionalismo.

El ecologismo acoge la idea de *respeto* que era básica en la ética kantiana y la refiere a la *naturaleza*, concepto central en la metafísica y en la ética clásica. Frente a la *provocación* de la tecnología desbordada, que desconoce límites y configuraciones naturales, el ecologismo defiende el valor de lo no fabricado por el hombre y el carácter primitivo de las leyes naturales. ¿Nos encontramos, entonces, ante una rehabilitación de la idea de *ley natural*? Por lo general, no se puede dar una respuesta positiva a este interrogante. Porque el ecologismo ideológico es un reduccionismo que, en lugar de propugnar un antropomorfismo de la naturaleza (como, según dicen, hizo la antigua metafísica), propone un *naturalismo del anthropos*. Considera al hombre como una especie natural más. Un ecologismo —en cambio— no reducido sería aquel que respetara la naturaleza, entendida en primer término como naturaleza humana. Lo contrario lleva a la más cruel de las paradojas: los partidarios del respeto a la naturaleza son con frecuencia celosos defensores del aborto. Con todo, queda en pie el aspecto éticamente promotor de los planteamientos ecologistas.

El feminismo tiene —en su base— una clara fundamentación humanista y cristiana. La mujer es —ni más ni menos que el varón— persona humana, poseedora de idéntica dignidad y de unos derechos básicos que hasta hace bien poco han sido sistemáticamente conculcados. Pero el feminismo ideológico discurre por unos senderos bien distintos: por la vía del igualitarismo radical, que desconoce la peculiaridad de lo femenino y, como consecuencia, ataca sistemáticamente a la familia tradicional. Como ha mostrado Ballesteros, el feminismo auténtico, en cambio, sería aquel que —además de denunciar las discriminaciones injustas— destacara los aspectos más positivos y originales del modo de ser femenino: el cuidado, el sentido del matiz y del detalle, el respeto, la ternura, la atención a lo concreto. Son justamente los valores cualitativos que ha desconocido sistemáticamente la razón racionalista, y que representan las aspiraciones mejores de la nueva sensibilidad. Se trata de valores que han de ser vividos tanto por los hombres como por las mujeres. Pero no cabe duda de que la incorporación de la mujer a la vida profesional y pública podría llevar consigo una mayor atención a esos valores que representa, por ejemplo, el ama de casa. Desde esta perspectiva, la promoción de la mujer ha de ser considerada como uno de los nuevos resortes de la *nueva sensibilidad*, que —por esta vía— puede aportar perspectivas inéditas y energías nuevas.

El pacifismo y la nueva sensibilidad

El pacifismo es —dentro de las ideologías postmodernas— la que conecta más directamente con la nueva mentalidad juvenil. Son muchos los que no entienden la teoría de que la mejor manera de salvaguardar la paz sea la carrera de armamentos. Aún aceptando que hay un uso lícito de la fuerza y que la teoría clásica de la guerra justa es muy sólida, cabe pensar que —con los actuales medios destructivos, con el uso bélico de la energía nuclear— es muy difícil que pueda haber una guerra justa. Pero el pacifismo a la moda tiene otros orígenes y otros fines. No suele medir con la misma vara las agresiones de una y otra procedencia y llega al cinismo de la máxima «antes rojo que muerto». Es un pacifismo entreguista, que defiende la vida corporal a costa de la dignidad humana. Si el pacifismo es eso, no hay que ser pacifistas, pero sí pacíficos.

Hay que buscar la solución de las tensiones internacionales por otras vías, también posibles. Y se deben denunciar sistemáticamente las agresiones a la dignidad de la persona humana con independencia del bloque en el que se produzcan. Pero ello requiere que se tenga una idea del hombre que esté a la altura de su dignidad, cosa poco frecuente. Sólo puede dar paz el que la tiene. Y la fuente última de toda paz radica en el Señor de la historia.

El nacionalismo, por último, representa una reacción frente al cosmopolitismo sin calor y sin sustancia, frente al imperio del poder que nivela y desposee al hombre de sus tradiciones íntimas y su derecho a ser diferente (en el buen sentido de la palabra). Es un aspecto de esa componente romántica de la nueva sensibilidad, que busca las propias raíces: el tener un «lugar al que volver». Pero los nacionalismos radicalizados echan mano de medios violentos, del todo heterogéneos con estos fines, o —cuando menos— llevan a actitudes estrechas y excluyentes que degradan el concepto de patria. Porque, en rigor, lo que se ha redescubierto es la vieja y desprestigiada virtud del patriotismo, que nos impulsa a venerar a nuestros mayores y a su modo de vivir y de pensar. En línea positiva, de lo que se trata es de rehabilitar el valor de lo entrañable y genuino, la fuerza de la tradición, la defensa de los ámbitos que hacen posible el ejercicio original de la libertad.

Conclusiones

He de pasar ya al balance final de lo que —de manera necesariamente imprecisa— he entendido como *nueva sensibilidad*. A través de este rápido recorrido por las nuevas ideologías, hemos llegado siempre a una misma conclusión. En la mentalidad que apunta se pueden registrar anhelos positivos, por una parte, e insuficiencia de fondo, por otra.

Son estas insuficiencias las que hacen que la *nueva sensibilidad* se traduzca, casi siempre, en actitudes ambiguas y débiles, incapaces de proponer proyectos renovadores de largo aliento.

Lo que falta es la radicalidad de enfrentarse a fondo con las raíces de los problemas ante los que la nueva sensibilidad reacciona. Ha llegado el momento histórico de echar cuentas, de hacer balance de las aportaciones positivas y de las consecuencias negativas de la *modernidad*. No basta con aludir una y otra vez a la crisis de la conciencia moderna: es preciso examinar sus causas y proponer los remedios.

Se trata, en primer término, de un gran trabajo teórico. Si la nueva mentalidad presenta un déficit notorio, es justamente el de la carencia de pensamiento profundo y riguroso. Sigue siendo certero el diagnóstico de Heidegger: «Lo más grave de esta época cargada de gravedad es que aún no pensamos». Trivializamos el pensamiento, que se degrada en ideología o en juegos formales. Desconfiamos de la inteligencia, porque no estamos dispuestos a sostener el esfuerzo de su continuado ejercicio y a atenernos a sus consecuencias prácticas. Desconfiamos de la inteligencia y tenemos miedo a la libertad.

La «nueva sensibilidad» está necesitada de radicalidad antropológica. Es cierto que se ha encontrado de nuevo con el hombre real y concreto, que trabaja, que ama y que sufre. Y esto sólo ya es mucho. Pero tiene que preguntarse quién es ese hombre que cada uno somos y cómo puede *vivir bien* en este tiempo nuestro. O, más esencialmente, cómo hay que vivir el tiempo, ese tiempo que se ha transformado a través de las mediaciones tecnológicas, y no sabemos qué hacer con él.

Creo que la Universidad tiene una misión capital que cumplir en esta hora, para intentar dar respuesta a estas preguntas.

Preguntas, ya lo sé, es lo único que yo he expuesto. Interrogantes que se pueden resumir en uno sólo: ¿qué nos cabe esperar?

(Publicado en la revista "Nuestro Tiempo" n.º 362, agosto 1984).